

LA RROMIPEN EN LAS LETRAS

Miguel de Cervantes

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte.

DE CERVANTES, Miguel (1982). *Novelas ejemplares (La gitanilla)*. Bruguera. Barcelona.

Joaquín Albaicín

Sí me parecía, frente a las teorías reduccionistas que nos identificaban como descendientes de un solo grupo racial, social o religioso, que éramos un casi completo y ejemplar mosaico de toda la sociedad india en el que habrían unido su destino tanto reyes como pordioseros, tanto artistas como comerciantes, así ascetas como pecadores, de modo que habría el pordiosero heredado el orgullo de casta de su madre de sangre real, el príncipe la humildad y templanza de espíritu de su abuelo mendigo, el vendedor de telas la ardiente sensibilidad de su padre el melancólico tañedor de zimbal o de guitarra, la danzarina la astucia de su tío el tratante de caballerías... De ahí, me decía, el porte principesco del gitano que vive de la recolección de chatarra, y la naturalidad con que el gitano rico e instruido -y hasta universitario- responde a la hospitalidad de los pobres durmiendo en el suelo igual que ellos...

ALBAICÍN, Joaquín (1997). *En pos del Sol*. Ediciones Obelisco. Barcelona.

Federico García Lorca

Romance de la Luna, Luna

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!

Por el cielo va la luna
con el niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
el aire la está velando.

Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,
la tarde colgada a un hombro,
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.
Las aceitunas aguardan
la noche de Capricornio,

y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo.
Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
viene sin vara de mimbre
entre los cinco tricornos.

Antonio, ¿Quién eres tú?
Si te llamaras Camborio,
hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio.
¡Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!
Están los viejos cuchillos
tiritando bajo el polvo.

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.
Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.

Muerte de Antoñito el Camborio

VOCES de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan

voz de clavel varonil.
Les clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.
Cuando las estrellas clavan
rejones al agua gris,
cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.

Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?
Mis cuatro primos Heredia
hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban,
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.
¡Ay Antoñito el Camborio,

digno de una Emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir.
¡Ay Federico García,
llama a la Guardia Civil!
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.

Tres golpes de sangre tuvo,
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rubor cansado,
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejí,
voces de muerte cesaron
cerca del Guadalquivir.

GARCÍA LORCA, Federico (1986). *Romancero gitano*. Biblioteca Edaf. Madrid.

José Heredia Maya

DESPUES VINO EL DESTIERRO
hégira desde siempre
por todos los caminos
proscrito
apátrida
de toda las coronas

acosado
por toda la jauría
vejado
fustigado
por decretos
cincelados a punta de desprecio.
Sembrada al paso de tu fusta
funiforme feroz furiosa furibunda
quedó visible
 desde la India acaso
una larga cadena de horizontes.
¿Quién aceptó la calentura la pasión
de una moral extraña convertida en
borrico
bronce
vara
cante
escarnio sobre todo?
Ni Dios mantuvo su postura entonces
ni ese católico ademán de católicos reyes españoles
y de papas
 que fingen desde púlpitos sus secuaces todavía
sirvió para empapar este sudor
de pasos milenariamente sembrados de injusticia.

Yo no recuerdo tan siquiera el leve
apretón de otra mano fatigada.

 Solo el látigo

oh la espuma entre los belfos
pretendiendo enseñarme extraños ritmos.

(Pero cortemos ¡cercenen! esta escena
al publico le importa problemas trascendentes)

CUANDO EN UN NUIVERSO DE CAMINOS

me siento jadeante, sin salida;
amorado el cuerpo; anohecida
el ansia, con impulsos asesinos.

Señor, qué sed; qué duros estos vinos;
qué sórdida indigencia en la embestida;
y qué cuerno, en la muerte de la vida,
desgarrando cristales y destinos.

¡En pedazos de lágrima y de lumbre
mi soledad inmune a lo marchito!
marcado de dolor y mansedumbre,

incandescente el lecho en el que habito,
mi condición, de reo y de herrumbre
desde una vejación de siglos, grito.

YO ME PUEDO MORIR EN ESTE TRANCE
este ritmo de rosas abortadas
perfume desgastado de otro tiempo.

Yo me puedo morir en cuanto quiera
engarzar otra pena a la alegría
que me cuesta los ojos cuando menos.

Yo me puedo enterrar en un recuerdo
nacido de la palma de aquel beso
que adereza tu vida para siempre.

Yo me puedo escuchar en otro llanto
brotando de mis lágrimas, a fuerza
de escupir la injusticia que me acosa.

Y puedo cercenarme esta amargura

con el nudo que aprieta mi pañuelo
convertido en corbata de repente

Con el cuerpo sembrado de magnolias
y la muerte ocupándome el cansancio
yo me puedo morir en cuanto quiera.

HEREDIA MAYA, José (1974). *Penar ocono*. Universidad de Granada. Granada.

Joaquín López Bustamante

I
Dices que fue agua pasada
pero el molino se mueve
y te sonroja la cara.

V
Te lo quisiera decir,
pero díquelo tus ojos
y me lo guardo *pa* mí.

XXXII
Rompí las copas vacías
y jure no verte más.
Qué cosas tú no me harías.

XXII
La vida se me está yendo,
porque sé que tú no sientes
eso que me estás diciendo.

XXVI

¿Cómo puedo recordar
lo que no viví contigo
si nunca llegó a pasar?

XXVII

Qué cosas pasan...
que sin haber pasado
son recordadas.

LÓPEZ BUSTAMANTE, Joaquín (2021). *La puerta entorná*. Libros de la Herida. Sevilla.